

Análisis

Mis motivos para escribir sobre África

NICOLÁS VALLE

Periodista

Me preguntáis por qué escribo sobre África. Y, en realidad, la pregunta debería ser: “¿Por qué escribo?”. Tengo un montón de motivos personales y profesionales para justificarlo. Supongo que el primero es responder a una especie de desarreglo hormonal, a una necesidad vital de contar cosas, liberar sentimientos y alejar ciertos fantasmas. Pero también se trata de satisfacer la necesidad de comenzar un relato, uno, dos, tres... poner a la gente en círculo y que fluya una historia.

Me paso la vida escribiendo porque soy periodista. No tengo más remedio que escribir, me guste o no, cada día, esté triste o alegre, enfermo o cansado. A veces estoy harto de escribir, pero sobre todo de escribir sobre la actualidad pura y dura, una práctica que a la larga resulta tóxica. Por eso me lanzo a la literatura para deshacerme de los grilletes de la actualidad e ir más allá: escribir mi diario, mis poemas, desintoxicarme.

Y, ¿por qué escribo sobre África? Porque conozco África. De la misma manera que escribo sobre las guerras porque conozco las guerras. Por eso, mi primer libro en solitario fue *Ubuntu, estimada terra africana* (*Ubuntu, amada tierra africana*) (Proa, 2008) y el segundo *Secrets de Guerra* (Ara Llibres, 2012), un libro autobiográfico sobre mi profesión, sobre mis guerras personales y profesionales. Conozco África, pero no tanto como los antropólogos y los historiadores que hoy me acompañan. Quizás mi visión es superficial, la visión de una persona enamorada que –como todos los enamorados– sólo ve belleza y perfección en el amante. No, aún no he sabido ver los defectos de África. Y sí, quizá sí tengo una visión totalmente apasionada, pero es mi verdad sobre el continente.

Hace muchos años que viajo por sus bosques, por sus desiertos, por sus playas de arena blanca y sus valles escarpados. Empecé a principios de los años noventa, fruto de la necesidad de conocer de primera mano el territorio sobre el que me había especializado y sobre el que tanto había escrito en TV3... ¡sin haberlo pisado!. Era una anomalía que debía resolver. Estaba harto de escribir sobre el continente desde la mesa de la redacción, estaba harto de escribir sobre tópicos. Porque África, escuchad, sigue siendo un agujero negro en el relato periodístico. Sólo hablamos de ella cuando es víctima de la catástrofe. Sólo atrae nuestra atención cuando toca nuestra fibra sensible y cuando remueve nuestra aflicción. Sólo nos

interesa su vertiente trágica: su fragilidad, sus golpes de estado, los políticos corruptos, su precariedad alimentaria, su pobreza...

Escribir es una manera de introspección, de averiguar cómo soy. La paradoja es que mi gran aproximación a África fue debida al desamor. Llevaba muchos años cubriendo conflictos armados, tragando mucha porquería, entrando y saliendo de un mundo creado por el Diablo y no por Dios, experiencias traumáticas que se van acumulando en la piel en forma de heridas. No supe combinar las dos vivencias y un buen día me quedé solo. Rectifico: no solo del todo. Me quedaba la guerra. Es muy fácil refugiarse en mi trabajo, resulta absorbente y sedante, especialmente cuando lo has perdido todo. Cuando te encuentras sin alternativa, la guerra se convierte en tu patria, tu casa, tu rutina. Tu vida cotidiana deja de tener sentido y la guerra comienza a ser una circunstancia razonable. Yo lo quería evitar, no quería ser otro periodista 3D (*Depressive, Drunk and Divorced*). Ya había visto muchos y sé cómo se acaba cuando juegas con el riesgo y la muerte.

Decidí poner distancia mental y geográfica con mis problemas. Cogí una mochila pequeña, metí cuatro cosas y me fui a Jerusalén, a casa de un amigo. Semanas después cogí un autobús y me fui a Aqaba. Y —ya puestos— embarqué en el ferry de los peregrinos de la Meca y me planté en el Sinaí, y de allí a El Cairo. Y una vez allí... ¿por qué no descender el Nilo hasta Sudán? y una vez en Jartum, por qué no seguir hasta Etiopía... y así y así... Llegué hasta Angola... huyendo, huyendo, huyendo... Yo ya conocía África, pero es cuando pasas una temporada con la persona amada que te das cuenta de cómo es de preciosa y llegas a pensar que quizás es el amor de tu vida, tu esposa.

Me gusta escribir sobre África porque conozco su poder sanador, terapéutico. Poco a poco, kilómetro a kilómetro, a medida que descubría un tono de color rojo diferente en cada puesta de sol, a medida que asumía sus olores y músicas, fui cerrando heridas, hasta el punto de pensar que quizás ya no volvería a Europa. Cumplí los cuarenta años en Zanzíbar y mi regalo de cumpleaños fue una malaria. No estaba en mis planes, obviamente, y de repente, tuve que detener mi marcha y permanecer quieto en el mismo lugar durante la recuperación. Y sin kilómetros por hacer, no tuve más remedio que reencontrarme.

La otra razón para escribir sobre África es su capacidad de modificar nuestras percepciones, una danza preciosa cautivadora que cambia nuestras vidas. Y lo sabemos y nos dejamos llevar. Fue fenomenal aprender a vivir con pocas cosas, a reducir la existencia a todo el patrimonio que cabía dentro de la maleta. Hay tantas cosas que amueblan nuestra vida pero que también la estorban...

Fue un tiempo de reflexión y de valorar las cosas: Uganda, Ruanda, Zambia, Namibia... y cuando estaba en el sur de Angola, recibí señales de Barcelona y detuve mi huida. A la vuelta a Cataluña escribí Ubuntu, fruto de mis experiencias. Es un libro básicamente divulgativo, pero también es un relato de vivencias y de sentimientos. Yo no sé mucho de África, pero sé tres o cuatro historias y las quería contar a mi manera. Intento fabricar mi relato sobre tres elementos: lo que veo, lo que sé y lo que siento. Es la base del buen cronista, sumar y aderezar estos ingredientes. Hay que tener

buena predisposición y un buen arsenal literario para hacer descripciones, hay que tener un buen conocimiento del territorio y de la historia, pero todo esto no sirve de nada sin los sentimientos ni las sensaciones: miedo, rabia, alegría, frustración, dudas, lujuria... el escritor tiene la obligación de salvar o de acortar la distancia que hay entre él mismo y sus lectores. Y cuando se consigue, los lectores se convierten en camaradas. Por eso no pueden tener dos discursos. Hablemos, escribamos, pero intentemos usar las mismas palabras que usamos con los amigos. No estamos en un pedestal y no debemos escribir para alimentar los egos ya habitualmente desmesurados.

Me gusta escribir sobre África porque me obliga a ser modesto.

Y también me fascina porque escribir sobre África es satisfacer un deseo que tenemos todos los periodistas y que muy pocos practicamos: desvelar las verdades. Hablar sobre mi continente es como abrir un cajón y descubrir secretos escondidos. África nos resulta exótica y tenemos ganas de conocerla. Esto explicaría el éxito de los libros de Ryszard Kapuściński, que casi inventó un género africanista. África no sale en los periódicos ni en las televisiones, pero hay millones de lectores esperando nuevos libros, nuevos relatos sobre los hombres y las mujeres africanos. Necesitamos saber.

Me encanta escribir sobre África porque es como vivir una aventura, revelar un misterio, como en las novelas de detectives. Primero, desmontar todas las pruebas en contra, desmontar todos los tópicos que se han ido construyendo sobre África: un continente frágil, inmaduro políticamente, con necesidad de asistencia, hambriento, violento... Me encanta echar por tierra todas estas evidencias, ir más allá como un buen fiscal, actuar como un buen CSI, explicar la vida de la víctima, descubrir al asesino, el culpable de sus males y revelar el móvil. Debemos enterrar el discurso etnicista, hablemos de las verdades africanas, expliquemos que sus desgracias no son producto de un infortunio, sino fruto del colonialismo, de la depredación del hombre blanco y del juego de las potencias. Hablemos de sus iniciativas democráticas, como luchan por resolver los problemas africanos con soluciones africanas. Hablemos de sus experimentos sociales, de sus colegios profesionales, del papel de la mujer... Hagámoslo.

Y si me volvéis a preguntar por qué escribo sobre África, volveré a explicar que tengo decenas de motivos, épicos y líricos. Pero si tenéis poco tiempo lo resumiré así: porque me encanta desvelar sus misterios, que en realidad son una fuente de noticias sobre mí mismo.

Para citar este artículo:

Valle, Nicolás "Mis motivos para escribir sobre África". Revista NOVA AFRICA número 31, julio de 2014
<http://novafrica.net/index.php/articulos/127-mismotivosvalle>